

No podía dejar de mirarla. Esos increíbles ojos azules tenían algo hipnótico. Allí, tumbada en esa pequeña cuna, calzada en un diminuto pijama lila y con un sonajero en la mano, parecía la niña más dulce del mundo. Del de los humanos y del suyo.

Él la miraba fijamente con una tierna sonrisa y ella le correspondía con esa expresión inocente propia de un bebé de cuatro meses.

A esas alturas de la madrugada Alana debería estar durmiendo desde hacía horas, pero a él le encantaba estar así, en silencio, observando a la que iba a ser su protegida a lo largo de muchísimos años.

De vez en cuando acunaba lentamente a la niña con la esperanza de no conseguir dormirle y poder acurrucarse en la cama con ella en su pecho. Se había convertido en su rutina particular. A la pequeña parecía gustarle dormirse escuchando el latido del corazón de Trevor. Pero esa noche estaba visiblemente más cansada que de costumbre y, poco a poco, el azul de sus ojos se fue apagando hasta desaparecer por completo.

Trevor se quedó un rato más sentado en la mecedora que siempre colocaba en frente de la cuna observando la paz y la tranquilidad que rodeaban a Alana. Con una sonrisa melancólica agradeció que la niña aún fuese demasiado pequeña como para darse cuenta de la realidad y del peligro que corría.

Era una noche de finales de primavera, las estrellas parecían brillar más que en otras ocasiones y la calma que se respiraba en ese pueblecito del norte de Italia no tenía precio. Cerró los ojos y respiró hondo. Podría haber permanecido así, allí mismo, contemplando como dormía Alana, eternamente.

De pronto abrió los ojos de golpe. Unos gritos desgarradores provenientes del salón le rebotaron en la cabeza. Luego, el silencio absoluto. Sin pensárselo dos veces se puso en pie, inclinó el cuerpo hacia delante y con una mueca de dolor, desplegó unas impresionantes alas de un blanco increíblemente puro. Un escalofrío se las recorrió desde las cicatrices de la espalda hasta la última pluma. Seguidamente se volvieron más blancas y brillantes de lo que eran habitualmente. Eso solo podía significar una cosa: Su Sombra estaba allí.

No le dio tiempo a darle más vueltas. Un fuerte estruendo resonó en la casa y la puerta del dormitorio se abrió de golpe. Al mismo tiempo que la pequeña regresaba del mundo de los sueños y se echaba a llorar, una figura muy conocida para el ángel apareció en el umbral.

—Vamos, Trevor. Pónmelo un poco más difícil la próxima vez —dijo con una sonrisa de suficiencia.

Con paso lento fue entrando en la habitación, dejando a la tímida luz de vela de la mesilla de noche su cabello oscuro y sus ojos verdes llenos de maldad. A él no le hizo falta repetir el patrón que hacía unos segundos había seguido Trevor. Él ya tenía las alas desplegadas. Pero las suyas no eran blancas ni puras, sino negras y siniestras. Cada una de las plumas desprendía un aire oscuro e intimidante. No había nada bueno en ellas.

En lo que llegaba a ponerse en frente del ángel, éste empujó la cuna hacia el otro extremo de la habitación para alejar lo más posible a Alana de la Sombra, provocando así que el llanto de la niña aumentase.

– ¿Es así como pretendes cuidar de ella? –le dijo con superioridad.

Los ojos grises del ángel estaban clavados en los del recién llegado. Reflejaban una ira controlada que los dos conocían muy bien. Trevor respiró hondo antes de hablar y cuando lo hizo su voz sonó autoritaria, sin vacilar:

–Vete de aquí de Robert –le ordenó.

La Sombra soltó una carcajada fingida y se aproximó más aún hasta estar a muy pocos centímetros del rostro de Trevor.

–Y si no quiero, ¿qué me vas a hacer? –ladeó la cabeza provocándole.

El ángel se dio la vuelta, abrió un cajón de la mesilla de noche y sacó un objeto envuelto en un trapo blanco. Se volvió a tiempo para ver esa sonrisa de suficiencia que tanto odiaba que se formase en los labios de Robert.

–Deja eso, anda. Los dos sabemos que no eres capaz –bajó la cabeza, respiró hondo y la volvió a

levantar, despacio. – ¿Cómo va a ir esto? ¿Me entregas a la niña por las buenas o quieres un poco de acción?

Trevor miró de reojo a la pequeña que seguía llorando desconsolada, y luego clavó sus ojos en los de Robert. Le seguía mirando, esperando. Con un movimiento rápido giró sobre sí mismo haciendo así que sus alas impactaran contra la cara de su Sombra obligándole a cerrar los ojos. Corrió hacia la cuna, cogió a Alana en brazos y saltó por la ventana justo antes de que Robert se abalanzase sobre él.

Empezó a volar sin rumbo con su Sombra pisándole los talones. Agarró fuerte a la niña entre sus brazos apretándola contra su pecho y agitó más fuerte y rápido las alas haciendo un esfuerzo inmenso. A los pocos segundos la distancia entre el ángel y la Sombra ya era visible. Por si acaso le alcanzaba, intentó confundirle volando entre las nubes e inmediatamente descendiendo varios cientos de metros hasta casi rozar los tejados de las casas. Repitió ese patrón durante varios minutos hasta comprobar que le había perdido de vista. Fue entonces cuando se percató que esos tejados estaban llenos de nieve y escarcha. El vello se le

erizó y Alana temblaba, asustada. Habían dejado atrás la cálida y tímida noche de Italia para cambiarla por una gélida y cortante de Rusia.

La pequeña seguía temblando y tenía los labios morados a causa del frío helador de Moscú. Debía pensar rápido. Había perdido a Robert, pero no sabía durante cuánto tiempo estarían fuera de peligro. Encontró un bosque a varios metros del centro de la ciudad y decidió aterrizar allí. Envolvió más aún a la pequeña entre sus brazos y echó a andar camino de la civilización.

Pronto un fogonazo iluminó su mente y aceleró el paso hasta llegar a un orfanato a las afueras de la ciudad, en la linde del bosque. Un patio bien cuidado con varios edificios alrededor. Cada bloque poseía al menos seis plantas con sus respectivas habitaciones. Comprobó aliviado que en el cuarto más próximo a la entrada aún había luz, pese a ser las cuatro y media de la madrugada.

Escondió las alas y, aunque no llevaba camiseta, dudaba mucho que alguien advirtiese las cicatrices de su espalda. Se acercó y llamó cuidadosamente a la puerta. Pronto se escucharon pasos y a los pocos

segundos una mujer de mediana edad vestida con una bata azul apareció en el interior del hogar. Le miró durante un instante con expresión sorprendida, pero también con mucha dulzura.

– ¿Qué puedo hacer por ti...? –bajó la mirada y descubrió a una Alana tiritando con la mirada perdida. – ¡Ay, pasad, pasad! –se apresuró a decir.

A partir de ahí fue todo más sencillo. Trevor inventó una trágica historia familiar en la que unos ladrones entraron en su casa, robaron todo aquello de valor que pudieron y asesinaron a sus padres. Le habló sobre su diminuta familia en la que ahora, solo quedaban ellos dos. Y esto no era del todo mentira, ya que, a partir de esa noche, Alana solo le tenía a él, su ángel de la guarda. Para sostener más aún su historia, mintió en su edad para parecer menor y le habló del miedo que se refleja en los ojos de la pequeña cuando no estaba cerca su hermano mayor.

La señora Haley no tenía motivos para desconfiar de su palabra así que no dudó en acogerles y prometió encargarse de ellos dos en el tiempo que permaneciesen allí.

En los tres años siguientes Alana fue creciendo. Se convirtió en una niña preciosa. Sus ojos azules parecían más brillantes cada día y su cabello negro siempre iba sujeto por una diadema celeste que él le regaló. Era muy alegre, siempre estaba llena de energía e iba de un lado a otro agotando a todos los que intentaban seguirle el ritmo. Sin demasiado esfuerzo, pronto tuvo fama de ser la que mejor dibujaba y pintaba de su clase. Sus profesores decían que tenía mucho talento dada la poca edad de la niña. Había aprendido a querer a la señora Haley como a una madre y a Trevor como a su hermano mayor, ya que así figuraba en la ficha que les hicieron años atrás. Se divertía jugando con los demás niños en el patio. En esos tres años habían añadido columpios, toboganes y, lo que más le gustaba a ella, un arenero. Se pasaba el día ahí metida con un cubo y una pala intentando hacer castillos y pozos. Cuando llegaba la noche, Trevor le echaba la bronca por ir siempre sucia y llena de arena, pero a ella le gustaba verle enfadado, le hacía gracia la forma en la que le miraba arrugando la frente. Luego, ella se rendía en una pelea de cosquillas en la que el ángel siempre ganaba, y accedía a darse un baño antes de dormir.



Con Trevor a su lado, la señora Haley como confidente y toda una casa para jugar, correr y divertirse, era la niña más feliz del mundo.

Pero todo eso cambió. Una tarde de mediados de abril, mientras Trevor hacía su vuelo rutinario por el bosque cercano al orfanato, un escalofrío le recorrió primero las cicatrices de la espalda, y acto seguido continuó lentamente por las alas. Rápidamente descendió y comprobó, aterrado, que sus alas blancas brillaban con más fuerza que nunca. Sabía lo que eso significaba y no quería volver a repetir la misma experiencia de tres años atrás.

Alzó el vuelo de nuevo, pero ya no volvió al orfanato. Sabía que Robert le seguiría a él pensando que Alana se encontraba a su lado, pero si dejaba a la pequeña y se iba lejos de esa ciudad, le confundiría hasta el punto de alejarle lo más posible de Rusia. Y así fue.

Durante unas semanas Alana lloró la pérdida de su hermano mayor, pensando que, ahora que era mayor de edad, había decidido rehacer su vida fuera del orfanato y lejos de ella. Pero al poco tiempo, su mente tan infantil e inmadura como la de

cualquier niño de su edad, se olvidó por completo de él. O eso es lo que creía.